



Hugo Rodríguez Alcalá

Romancero. Tierra adentro

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Hugo Rodríguez Alcalá

Romancero. Tierra adentro

Poesía de tierra adentro, Patria de siempre

Este tramo -no por infrecuente menos cierto, en tierra paraguaya- se inscribe, con sus trazos temporales internos, dentro de la mejor tradición hispanoamericana, heredera de voces lejanas convertidas en propias con el andar de los siglos. Y es que Hugo Rodríguez-Alcalá, desde sus libros iniciales, ha sabido darle a su concepción lírica -dicho esto en un tono genérico- la amplitud que le permitiría sumar la experiencia del ayer cumplido a las instancias de lo porvenir.

Aunque a simple vista, no lo parezca, el aire reminiscente que informa un amplio sector de su obra, está implícito en la mayoría de sus poemas, asediados muchos de ellos por el recuerdo inmaterial de la patria -hogar paterno, gentes, cosas, sucesos cotidianos recuperada a la distancia tras un largo vivir y desvivir en tierra extraña.

Su primera propuesta -que ha informado con posterioridad su retorno al solar nativo- ha consistido en ajustar la expresión a una temática local iluminada por reflejos universales. Y esto señalado sin hipérbole, porque la justicia literaria también debe existir, pertenece a la silenciosa y no siempre comprendida andanza de la poesía de todas las épocas en este perdido ángulo sur de nuestra América.

Busca el poeta su camino más claro en el romancero, vuelto hacia lo que le es propio en una tarea de recreación que en verdad es creadora, para acercarlo a un lenguaje, que, para mayor paradoja, se valga de lo cotidiano, trascendiéndolo. Demás está agregar que su acierto más evidente ha consistido en la denominación de tierra adentro para representar a este haz de destrezas poéticas en las cuales el rigor de la memoria, sin excluir la fresca y necesaria espontaneidad, asoma a un panorama de profundos registros espirituales que tocará al lector o al crítico situarlos en su auténtica dimensión.

Habrà que recomendar esta nueva aportación de Hugo Rodríguez-Alcalá que lo aproxima a las vertientes -en su caso cristalinas y a la vez raigales- de la Nación paraguaya en su pueblo. Y ponderar el advenimiento de este libro será como poner alas al Paraguay de siempre.

Raúl Amaral

(Isla Valle de Areguá, marzo de 1999)

Elección de Irala
(1544)

I

Reinaba en el mundo Carlos
-que era el primero en España
y que, como emperador,
era el quinto en Alemania.
En Asunción, una aldea 5
no mucho antes fundada,
-toda una revolución,
la primera en serie larga
depuso a aquel Alvar Núñez
que era... Cabeza de Vaca. 10
(De haber sido ésta de Toro
nunca aquello le pasara).

Fue entonces cuando eligieron
al habilísimo Irala
gobernador en el vasto 15
confín: Río de la Plata.

Y es que el año treinta y siete,
el emperador firmara
la Cédula celeberrima
que mandaba: las vacancias 20
en el mando de esas tierras,
habrán de ser subsanadas
por el voto popular:
¡Tan lejos la Corte estaba

de la aldea de ultramar! 25
Los fieros conquistadores
bien claro la recordaban:
y mientras que, prisionero,
Alvar Núñez iba a España
en una nave rebelde 30
-la Comuneros llamada,
asumía un legal mando
aquel Martínez de Irala.

II

Este histórico romance
debe apoyarse en lo cierto. 35
Aquí no lucen metáforas
que abundan en otros versos:
a fuegos artificiales
preferiremos los hechos.

A principios del reinado 40
del dicho Carlos primero,
hubo una sublevación,
un popular movimiento

contra duras exacciones
del Rey y los extranjeros 45
en altos cargos. Odiosos
resultaban los flamencos.
La Corte extraña exigía
intolerables impuestos.

Llamáronse los alzados 50
contra su Rey, Comuneros.
Mil quinientos Veintiuno
fue el año en que el movimiento
terminó en una batalla
ganada por el ejército 55
de Carlos, y los rebeldes.
Padilla y otros murieron
en el cadalso.

El Común
fue sinónimo de pueblo. 60

Movimiento «democrático»
en España, tuvo ecos
en la remota Asunción,
con los rebeldes arrestos
de los secuaces de Irala, 65
aquellos que depusieron
al de Cabeza de Vaca.

Llamáronse «Comuneros»
los sediciosos, y «Leales»
los que el gobierno perdieron. 70
El derecho de elegir
gobernadores el pueblo
fue en el Común de Asunción
excepcional privilegio

durante casi dos siglos 75
en todo el hispano imperio.
Tocante a las consecuencias
más abajo las veremos.

Octubre
1998

Entre el yugo y la horca...

La última hora de los condenados
no había llegado, sin embargo.
Las maquinaciones de Irala les tenía
reservado un suceso
verdaderamente extraordinario. 5
Preparados a bien morir, Ortiz
de Vergara y Alonso Riquelme
recibieron la última noche, de labios
de su confesor Francisco de la Rada,
la singular oferta de morir en el 10
patíbulo o ganar la libertad para él
y sus amigos casándose con dos de
las hijas del gobernador.
Marco Antonio Laconich

Caudillos de la conquista

Entre el yugo y la horca
Alonso Riquelme de Guzmán y Francisco Ortiz de Vergara
(Siglo XVI)

¡Qué sonoros apellidos
tienen los dos condenados!
El uno, Ortiz de Vergara,
el otro, no menos rancio,
es Riquelme de Guzmán. 5
Mas estos dos hijosdalgo
no son parciales de Irala,
el caudillo vascongado.

Irala, el gobernador, 10
no absuelve a sus adversarios.
Mañana por el verdugo
de la horca serán colgados.

El de Vergara y Riquelme
han ido al confesionario, 15
y el sacerdote a los dos
absolución les ha dado.

Muy responsable el verdugo
ya ha preparado el cadalso:
las sogas son excelentes 20
y está muy limpio el tablado.
Fervorosamente rezan

los hidalgos entretanto.
E Irala concibe un plan
de político taimado. 25
Tiene él dos hijas hermosas
de muy atractivo encanto,
que en dos indias principales
promiscuamente ha engendrado:
Ursula y María son 30
de trece o catorce años.

Sus cuerpos, esculturales.
Sus ojos grandes, rasgados.
Don Alonso y don Francisco,
ardientes mozos hispánicos, 35
más de una vez las han visto,
y, claro está, deseado.

Dos huríes guaraníes
de aquel Edén Mahometano
que regía el lujurioso, 40
duro y despótico vasco.

(Paraíso de Mahoma
a la colonia han llamado,
por sus huríes morenas
en los tiempos que evocamos). 45

Irala concibe un plan:
¡como ya hemos anunciado!
ofrecer en matrimonio

sus hijas a los contrarios
los cuales deben optar 50
entre el altar o el cadalso.

Consideraron los reos

el yugo mucho más grato
que la horca, y sin vacilar
por las huríes optaron. 55

El yugo matrimonial,
tan gratamente aceptado,
convirtiose en más de un
genealógico árbol:
de las huríes descienden 60
guerreros, próceres, magos.
Septiembre,
1998

Addendum no indispensable

A presencia de los presos
traen las mozas morenas,
de bustos esculturales
y bien torneadas piernas.
Otros detalles se omiten 5
respetando la decencia,
y eso que, en las circunstancias
más que diosas, eran bellas,
con sus negras cabelleras,
y otros encantos no dichos 10
de voluptuosas promesas.

Ortiz de Vergara elige
a María, dulce, esbelta,
de cintura modelada
en curvatura perfecta. 15

Ursula, ha tiempo fascina
a Alonso Riquelme y ésta
lo sabe a fuer de mujer.
La boda no fue problema.

Así, ya en vez de adversarios 20
tendrá Irala parentela:
muy oportuna alianza
al crecer su descendencia.

Paz hoy reina en la Provincia,
paz mas o menos incierta, 25
siempre hay brotes de anarquía
entre esa gente guerrera,

naturalmente insumisa.

¡Qué historia la historia nuestra
desde el siglo dieciséis 30
-¡hasta nuestra misma época,
en que el poder, el poder
corrompe, enfurece y ciega?
Octubre
1998

Irala y la yernocracia

¿Quién era Alcalde Mayor
bajo el gobierno de Irala?
Un yerno suyo, un Mendoza
hidalgo de ilustre casa.

¿Y Alguacil Mayor? Alonso 5
Riquelme, que se salvara
de la horca, por sus bodas
con hija niña de Irala.

Otro Alcalde era otro yerno:
Francisco Ortiz de Vergara, 10
según queda antes escrito
en estas semibaladas.

Un poblador de Asunción
envía al Rey una carta:
«Esta tierra» -el Paraguay 15
«Es sólo para el que manda,
para sus hijos y yernos,

sus compadres de Vizcaya,
y algunos de Extremadura,
todos parientes de Irala».

La población era ínfima, 20
mas la justicia abundaba:
rige el Alcalde Mayor
cinco Alguaciles con varas:
todos parientes, que ejercen
su poder en la comarca. 25

Yernos, yernos y los deudos
de estos yernos, con Irala

al frente de todos, forman
poderosa yernocracia.

Capitán era Mendoza 30
de conocida prosapia;
capitán Pedro Segura,
Hombre de muchas agallas.
Pues bien, ¿Por qué no casarlos
con otras hijas, con una 35
habida en la india Águeda,
y otra más joven, Ginebra,
muy bellamente llamada?

¿Sería Ginebra hermosa
con nombre tal adornada? 40
Hermosa haría este nombre
a quienquiera lo llevara.

La conquista de los dos
capitanes no fue ardua.
La amenaza de la horca 45
era superflua amenaza.
Con ellas los capitanes
se casan de buena gana.

Cuatro oficiales Reales
eran contrarios de Irala; 50
Irala con cuatro yernos
hábilmente los reemplaza.

Seguro está en su gobierno
el caudillo de Vergara:
firme se ha hecho, invencible, 55
la potente yernocracia.
Noviembre
1998

«La guerra de las comunidades»

Y es, entonces, cuando estalla el general alzamiento, la lucha cruenta que en la Historia de España se denomina Guerra de las Comunidades. Los partidarios, héroes y mártires de

este movimiento, denominados Comuneros, serán los esforzados defensores beneméritos de los derechos populares, que las Comunidades fueran gestando siglo tras siglo.

V. Díaz-Pérez

Revolución de los comuneros del Paraguay
(1717 - 1735)

¿Recuerdan que en mil quinientos
treinta y siete, el Rey don Carlos
suscribió una Real Cédula
por la que este soberano

concedió a nuestra Provincia 5
el poder privilegiado
de libremente elegir
a los que ejercen el mando?

(Elegir gobernadores
con libérrimo sufragio 10
siempre que hubiera vacancias).
Y hubo casos, muchos casos

en que se ejerció el derecho
del libérrimo sufragio.
Fue Carta Magna del pueblo 15
la Cédula del Rey Carlos.

Vigente estuvo la Cédula
por casi doscientos años,
favoreciendo la práctica
del civismo provinciano. 20

Ya en el siglo dieciocho
-siglo revolucionario
un señor gobernador
Diego de Reyes llamado
-y, Balmaceda, además- 25
dio ocasión para el escándalo.

Tal vez porque se llamara
de Reyes aquel Don Diego
creyó poder gobernar
con poderes casi regios... 30

El gobernador de Reyes,
con mal uso del gobierno,
se amistó con jesuitas
sin respeto de su pueblo.

Y su pueblo, el Paraguay 35
colonial, era severo,
era estricto defensor
de ya antiguos privilegios.
Indígenas destinados
a servir a encomenderos, 40
Don Diego entregó a jesuitas,
en transgresión de un derecho.

Ante la Audiencia de Charcas
fue denunciado Don Diego,
merecedor de castigo 45
por reprobables manejos.

Énfasis puso el oficio
en trastornos del comercio,
cruelles matanzas de indios
y otros varios desafueros. 50

Pero la queja callaba
lo esencial, bien encubierto:
un agravio que debían
callar los encomenderos.

Su sistema de encomienda 55
difiere del de otros reinos
y podría ser juzgado
ilegal de tierra adentro.

Y fuera de la Provincia
hay que guardar el secreto. 60
Envía la Audiencia un juez
pesquisidor, un honesto
magistrado, muy letrado
que es de origen panameño.

El juez, José de Antequera, 65
escucha a los comuneros
-así llamados más tarde
y abraza la causa de estos.

A Reyes de Balmaceda

destituye del gobierno. 70

Mas los jesuitas protegen
al gobernador depuesto,

y, tras hábiles gestiones
invalidan el proceso.
El Virrey toma el partido 75
del que ya era casi un reo,
y ordena desde el Perú
lo reinstalen en su puesto.

Los vecinos de Asunción,
sordos, en cabildo abierto, 80
resuelven no recibir
a Balmaceda.

Un ejército

de las Misiones, intenta
hacer cumplir el decreto
virreinal.

Los provincianos 85
en otro cabildo abierto

optan por la resistencia.
Al jurista panameño
nombran jefe de las tropas,
ya abiertamente insurrectos. 90

La batalla que se libra,
triunfo de los comuneros,
es la gloria de Antequera
en el cenit de su éxito.

Proclamado ahora Padre 95
y Defensor de la Patria,
pugna por abanderar
mayor hueste en la comarca.

Lúcido líder, intuye
que vendrán otras mesnadas, 100
y que por mucho que él luche
será vencida su causa.

Hay un jefe militar

en el Río de la Plata,
contra cuyo poderío 105
deberá cruzar su espada.

Su nombre es Bruno Mauricio
y su apellido Zavala.
Zavala es hombre de guerra,
hombre experto en la batalla: 110

desde muy lejos reluce
el destello de su fama.
Antequera entonces vuela
hacia la Audiencia de Charcas.

Espera apoyo y defensa 105
mas la Audiencia no lo ampara:
prisionero, encadenado,
al duro Virrey lo manda.

Y el Virrey condena a muerte
al Padre de aquella patria... 110

Cuando supo la Provincia
el suplicio de Antequera
y el de su bravo alguacil,
el patricio Juan de Mena,

Asunción rugió de ira 115
y hubo convulsa violencia
contra el colegio jesuítico
y contra su misma iglesia.

Se expulsó a los sacerdotes,
esta vez por vez tercera. 120
Y se vieron por doquier
conmoveras escenas.

Toda vestida de blanco
la hija de Juan de Mena
dijo al pueblo: «-No lloréis 125
por estas muertes excelsas;

la libertad de la Patria
ha inspirado su grandeza».

Muy dolorida, Asunción,
sus tristes lágrimas seca. 130

Mas la rebelde ciudad
sigue firme en su revuelta:
aun persiste en combatir
con altivez comunera.

Allende el mar, la Metrópoli 135
está asombrada y suspensa,
ante insólitos sucesos
en tierras sobre que impera.

A don Manuel de Ruiloba
la Corona en fin envía 140
como pacificador
de la insurgente Provincia.

Esta, al principio obedece
a la autoridad legítima,
pero cuando se descubre 145
que a Ruiloba y jesuitas,
con peligro del Común
amistad secreta liga,

estalla la rebelión
y, en batalla decisiva 150
vuelve a triunfar el Común,
ebrio ya de su vindicta.

Y entonces, horribles Diosas,
la Discordia y la Anarquía,
rompen, con luchas internas, 155
la Unidad de la Provincia.

Don Bruno Mauricio de
Zavala, que viene al mando
de un ejército de indios
por jesuitas formado, 160

vence al Común en batalla
aquel catorce de marzo
de mil setecientos treinta

y cinco.
Y ya ha terminado
la saga de Comuneros 165
en luctuoso fracaso.

Zavala, en la punitiva
acción, aplasta los cuadros
de paraguayos, que, en sangre
enrojan el verde campo 170
de Tabapy. Y la Provincia
es ya un mudo camposanto.

Abolida fue la Cédula
por la que en libre sufragio
podría el pueblo elegir 175
a los que ejercen el mando,
toda vez que por vacancia
fuera el voto necesario
1988

Fulgencio Yegros
(1780-1821)

Han sido nombrados cónsules
Yegros y Gaspar de Francia.
Se espera que ambos gobiernen
por turno, la nueva patria.

(En mil ochocientos trece 5
se vivía de esperanzas.
Yegros, ilustre patriota,
caballeresco, sin mácula,

nos lo dijo en un romance
sobre su vida romántica. 10
General de tres estrellas,
ganadas tras sus batallas,

tiene él secreto enemigo
que lleva puesta una máscara.

Hábil, más hábil que nadie, 15
José Gaspar se prepara
para usurpar el poder
sin que nadie lo comparta.

Cónsul él y Cónsul Yegros,
para serlo a la romana, 20
tendrán su silla curul:
las dos, curules se llaman,

Una César y la otra,
-signo de aleve añagaza-
tiene el nombre de Pompeyo, 25
aquel vencido en Farsalia,

asesinado en Egipto
donde refugio buscaba.
Y es que en el año trece
de trascendentes mudanzas, 30

venenosa tiranía
sus designios amañaba:
la silla llamada César
ocupa Gaspar de Francia...

Y cuando en el año veinte, 35
impera desembozada
la tiranía perpetua,
cae Yegros en desgracia,

y entonces será el Pompeyo
que su curul auguraba. 40
Desde muy joven, Fulgencio
por su valor se destaca.

En mil ochocientos uno,
en defensa de su patria,
él estuvo en el encuentro 45
a orillas del río Apa.

En mil ochocientos siete
ganoso de altas hazañas,
defiende a Montevideo
y otras ciudades del Plata 50

de las huestes invasoras
que aportan naves británicas.
Años después, capitán
en su tierra paraguaya,

se bate en Paraguarí 55

y en Tacuarí, con espada
triunfante de la invasión
que el porteño comandaba.

En mil ochocientos veinte
la conjura es delatada: 60
preso es Fulgencio Yegros
por José Gaspar de Francia,

el cual lo condena a muerte
en inapelable causa.
La muerte será después 65
de la inconcebible infamia,

de hacer torturar al héroe
por indios de horrible estampa,
que en el patricio engrillado
salvajemente se ensañan. 70

El fusilamiento mismo
concede al héroe una gracia:
él ha de ser el que mande
el piquete de matanza.

«-Preparen, apunten, ¡fuego!-» 75
trueno una voz bien timbrada,
y el patricio cae muerto,
muerta con él la Esperanza.

Don Carlos Antonio y la Bruja del agua

I

¡Qué marinero es el barco
que envía Estados Unidos!
Su misión, misión científica:
el estudio de los ríos
del Paraguay, un estudio 5
a todas luces pacífico.

El Water Witch es un barco
que hoy sería muy antiguo:
del tiempo de su venida
más de un siglo ha transcurrido. 10

Don Carlos Antonio López,
Presidente vitalicio,
gobierna nuestra república,
dictador, sí, mas benigno.

¡Compárenlo con Gaspar 15
que rigió un vasto presidio,
carcelero de un país
de tristes huesos con grillos!

¡Compárenlo con su duro
heredero, con su hijo! 20

Tuvo Don Carlos disgustos,
apenas mediado el siglo,

con un angloamericano
que después fue su enemigo.
A raíz de estos disgustos 25
dictó un decreto:

«Prohibido
navegar por el canal
del Paraná, en que este río

tiene en su margen un fuerte
cerca de los torbellinos 30
que en Paso de Patria forman
al confluir los dos ríos».

Llamábase Itapirú
el fuerte arriba aludido,
fuerte con artillería 35
de cañones bien servidos.

El lenguaje del decreto
era sin rima y sin ritmo,
no como el de este romance
apretado en octosílabos. 40

Pero sí, con otros términos
decía, justo, lo mismo.

El Water Witch, a vapor,
buque de guerra, agresivo,
con dos ruedas propulsoras, 45
y de cañones provisto,

surca el canal, navegando
por donde estaba prohibido.
En vano de Itapirú
le hacen llegar un aviso: 50

el decreto de Don Carlos
en claro español escrito.
El comandante del buque
no se da por aludido.

El no comprende el decreto: 55
«¡Este idioma no es el mío!»
y en vez de dar marcha atrás
el imprudente marino,

sigue avanzando, confiado
en su naval poderío. 60
El jefe de Itapirú,
hombre enérgico, aguerrido,

ordena romper el fuego
contra el autor del delito.
El timonel, inocente, 65
cae mortalmente herido,

y al mismo, buque, un impacto,
lo deja a merced del río,
rota una de sus ruedas
y su timón destruido: 70
no lejos están girando
espumosos torbellinos...

II

¿Qué significa en inglés
Water Witch? Bruja del Agua.
Ahora esta Bruja fluvial 75
ha quedado derrengada,
en aguas impetuosas
en que sin miedo flotaba.

Graves serán las resultas
de esta penosa jornada. 80
Gobernaba los Estados
de la Unión, Jaime Buchanan.

Sólo un año era más viejo
que Don Carlos, mas las Parcas
seis años más a Don Jaime 85
le dieron, de vida larga.

El Gabinete de Washington
decide enviar una armada
de veinte buques al mando
de un Comodoro de fama 90
y un hábil Comisionado
con rumbo hacia nuestra Patria.
La flota debía entrar
por el Río de la Plata
y desde allá, aguas arriba 95
llegar hasta nuestras playas.

Y aquí, a cañonazo limpio
tomarse cruenta venganza
del agravio de Don Carlos
hecho a la Bruja del Agua. 100

El Paraguay, impertérrito,
espera a la gran armada.
La expedición, por fortuna
no demostró ciega saña:

Negociaciones felices 105
aplacaron a la escuadra,
la cual se volvió hacia el Norte
triunfante de marejadas.

¡Imaginaos qué hubiera
sucedido, si la armada, 110
provocando la indomable
heroicidad paraguaya,

hubiese -no era imposible-
sufrido cientos de bajas,
quedando rota, sangrante, 115
en nuestras costas y playas!

¡Si el Paraguay, como luego
contra la Triple Alianza,
combatiera con los buques
en paroxismos a ultranza! 120

Esa potente nación,

espejo de democracias,
¿Iría a dejar impune
la furia de nuestras armas?

Doy ahora fin al romance 125
sobre la Bruja del Agua.
Quien quiera saber la historia
aquí apenas esbozada,

léase los dos volúmenes
de la sin par obra magna 130
de don Pablo Max Ynsfrán
que abajo será citada:
amenamente don Pablo
nos reanima todo el drama.

Romances sobre Albino Jara

Sin embargo poseía cualidades esencialmente viriles, que lo hacían simpático, chispeante causer que dicen los franceses, consumado bailarín, valiente hasta la temeridad, gimnasta con articulaciones de caucho -pateaba con los dos pies, a un mismo tiempo, eximio jinete y esgrimista de primer orden, atraía a los hombres y seducía a las madres, con las cuales solía mostrarse zalamero, cuando así convenía a sus planes... De buena planta, bien parecido, con la espalda recta como la cuerda de un arco, vestía con prestancia y donaire el uniforme militar: impecables sus botas de charol, ceñida la levita de corte prusiano, centelleante la vaina niquelada del sable que portaba invariablemente en la mano izquierda...

Coronel Arturo Bray

Albino Jara el 2 de julio
(1908)

Están los grises cañones
aun con grasa de la fábrica,
silenciosos aunque ansiosos
de estallar en rojas llamas.

Fundidos para la guerra, 5

la quieta paz los enrabia.
Han venido desde Europa
soñando cruentas matanzas
y hoy, en el Parque de guerra
su epifanía terrible 10
con muda impaciencia aguardan:

esperan un redentor
y éste será Albino Jara.
Albino Jara aquel día
de julio, ya antes del alba 15
sale en busca del poder,
todo él astucia y audacia,
y entra en el Parque de guerra,
tras otras previas hazañas,
desembala los cañones 20
y los emplaza en la plaza
que del cuartel enemigo
está a propicia distancia.

¡Muy oscuro es todavía.
Nervioso está Albino Jara: 25
es que ya llega el momento
de jugar la carta brava!

Allá se ve el gran cuartel
de guarnición bien armada.
Élite de tiradores 30
de belicosa prestancia:
¡Hay que ver a esos soldados
en su uniforme de gala,
con su casco empenachado
y el resplandor de sus armas! 35

Jara, famoso artillero,
personalmente dispara
el más potente cañón
que ha venido de Alemania.

Temido es ese cuartel 40
erguido en vasta manzana,
y en el que Elías García
con mano firme comanda;
de excelente arquitectura
y de artística fachada; 45

-doce arcos de medio punto,

troneras en las murallas-
es un bastión, formidable
de disciplina espartana.

Jara calcula con tino 50
sus terrestres andanadas
y en atroz relampagueo
de cárdenas, áureas llamas,
demuele a fuego rasante
defensas de la fachada. 55

Elías García, profeta
de los designios de Jara
los ha anticipado en vano
ante indolentes jerarcas:
traidores, acaso cómplices 60
del golpe que lo amenaza.

Jara eligió sigiloso
esta fría madrugada
de julio, funesto julio
para su golpe de maza. 65

¡Segundo lustro del siglo,
cuán próspero comenzaba!
Un gobierno progresista,
que la justicia arianza,
y el Paraguay, renaciente 70
recobraba la esperanza!

Tras el atroz genocidio,
sus heridas restañadas,
hacia un destino brillante
el Paraguay avanzaba: 75
nuevas fuentes de riqueza
eran doquiera explotadas.

Un escritor argentino,
testigo de esta bonanza,
en un libro memorable 80
al Paraguay renaciente
llamo El Paraguay en marcha...

Cómo cambiaron las cosas

después del golpe de Jara!
La marcha del Paraguay 85
se detuvo ensangrentada!

Albino Jara y la belleza

Adornan su levitón
de puro corte prusiano
doce botones de oro
y lucientes entorchados.

El sable, que nunca cuelga 5
de sus tiros, en la mano
izquierda, ágil lo lleva
con bizarría, con garbo.

Las guías de su bigote
a lo Káiser, bien cortado, 10
con gallardía marcial
apuntan hacia lo alto.

Marcial es el Coronel,
tan marcial como simpático,
seductor irresistible 15
de cuantos halla a su paso.

Seductor es en política
de hombres con fama de sabios
y de otros con mala fama
fama de astutos y falsos. 20
(En política los buenos
no suelen ser necesarios).

¡Y qué decir de mujeres
que él honrando, ha deshonrado!
Famosa es una aventura 25
entre muchas de sus fastos:

el Coronel llega al lecho
en que le están esperando
una belleza sin par
y el más lujoso pecado. 30

El Coronel, muy galante,
besa los trémulos labios
y deja el sable y la gorra

sobre un diván perfumado,
testigo de otros amores 35
no precisamente castos.

Y es entonces cuando ella,
al besador grita -¡Alto!;
lo que va a pasar aquí
será secreto sagrado. 40
¡Júreme usted por su honor
que a nadie habrá de contar!-

¡Señora! -contesta él,
dolorido, consternado:
si la gozo yo quisiera 45
mi gozo tan propalado
que no quede un envidioso,
enemigo o partidario

sin saber la inmensa dicha
que a mi suerte le ha tocado! 50

Me voy, señora, me voy,
el corazón destrozado...
Y se abrocha diez botones
de su levitón prusiano.

Y está Jara, junto al lecho, 55
rígidamente cuadrado:
el sable en la mayo izquierda
y la gorra en la otra mano.

La niña espera la boda

Con su levitón prusiano
que hasta las corvas le llega;
su largo sable, muy largo,
cuya vaina centellea;

con sus botas de charol 5
y su alta gorra altanera
y ese bigote imperial
de punzantes guías negras,

el Coronel es un hombre
a quien se admira y respeta. 10
Entre sus amantes, una

es directora de escuela:

le obtuvo tal nombramiento
para no tenerla cerca.
El pueblo en que hoy ella vive 15
es un pueblo casi aldea.

Ella en su escuela rural
ansiosamente lo espera.
Moza joven pero brava
que él sedujo en una fiesta, 20

cree que él ha de cumplir
su apasionada promesa:
casarse por ley civil
y casarse por la iglesia.

Sí señor, a esta muchacha 25
que no cuenta muchos años,
aunque es de carácter fuerte
y desplantes temerarios;

a esta amante casi niña
él se ha juramentado 30
llevarla al pie del altar
toda vestida de blanco.

Al Coronel no preocupa
el juramento prestado:
él seduce otras mujeres 35
y la niña llora en vano.

Pero sucedió que un día
de viaje, el Coronel,
pasó por el pueblo donde
se detiene todo tren. 40

Y ella, la niña celosa
siempre a la espera, lo ve
sin sospechar él que están
viéndolo desde el andén.

Lo ve con unos amigos 45
riendo a más no poder.
La niña entró en el vagón,
pistola en mano, furiosa,

y le afeó la conducta
-temible, amenazadora- 50
con lágrimas en los ojos
pero la voz dura y bronca.

«¡No cumple usted la promesa
de convertirme en su esposa!
Usted no es más que un perjuro 55
y un traficante en deshonras!»

El Coronel no se inmuta
y exclama: -¿Cómo preciosa
piensas que te es necesario
esgrimir una pistola? 60

«-Ve, corre en busca del cura
y nos casamos ahora.
El cura es muy buen amigo
y entiende en cosas de honra».

Súbitamente calmada 65
vuela la niña afanosa
en busca del sacerdote
y el champán para su boda.

El Coronel, divertido,
ordena al tren que regrese 70
hasta Asunción, y esta orden
se cumple inmediatamente.

Cuando la niña regresa
con el cura, muy alegre,
ve que a lo lejos el tren 75
y su humo desaparecen.

Albino Jara en Chile

El cadete Albino Jara
(que nada tiene de albino)
estudia en Chile, Santiago,
y anda siempre en amoríos.

¡Quién pudiera contener 5
los arrebatos, los bríos,
de este futuro oficial
ya veterano padrillo!

Se cuenta que este cadete
«en pleno Parque Cousiño» 10
con un rival temerario
«batiose a sablazo limpio».

El rival era oficial
de policía; el motivo
los favores de una moza, 15
de una moza del partido.

¡Duelo en el parque famoso
sin padrinos ni testigos!
Arturo Bray nos los cuenta
con recio, irónico estilo. 20
Ignoramos si en el duelo
hubo al menos un herido.

Sabemos que a Albino Jara
le impusieron el castigo
de un calabozo, además 25
de fuerte barra de grillos.

Pero de aquel calabozo
huyó el formidable Albino.
Huyó sí, mas con los hierros
que le herían los tobillos. 30

¿Qué fin tuvo la aventura
del duelo y de su castigo?
Hay en la vida de Jara
lances no bien conocidos.

Toda su vida arriscada 35
fue un sinfín de desafíos.
Prematura muerte trágica
fin le dio a sus desatinos.
Enero
1998

Espías en la azotea

Mi hermano y yo hemos subido
a la azotea prohibida.
Prohibida, sí, y peligrosa
por las balas infinitas

que silban allá en lo alto 5
desde hace ya varios días.

A nosotros esas balas
por ser balas nos fascinan.
Su plomo tiene una funda
de acero, que es su camisa. 10

Queremos ver en secreto
lo que pasa, desde arriba,
en la calle y sobre todo
en casa de la vecina.

Una vecina soberbia 15
de nombre hermoso: Virginia.
Yo inocente en aquel tiempo
no sabía todavía
qué es ser virgen o no virgen
y otras cosas de la vida. 20

Mi hermano, en cambio, ladino,
estas cosas ya sabía
y miraba boquiabierto
a nuestra hermosa vecina.

La cual, en su verde patio 25
quedaba a veces dormida
en ancha hamaca, y entonces
una diosa parecía.

Había revolución
en Asunción, bien recuerdo, 30
y tronaba el horizonte
como erizado de truenos.

Subidos a la azotea
aquella tarde de invierno,
hacía frío y soplaba 35
frígido y rápido viento.
En el patio de Virginia
no había nadie por eso.

Trepamos sobre las tejas
para, desde un parapeto, 40
mirar la calle.

¿Y qué vimos?

Vimos todo un regimiento
con mulas y artillería
venir marchando en silencio
con rumbo a la Recoleta 45
según después nos dijeron.

Cuando terminó el desfile
con todo aquel armamento,
quedó la calle vacía
pero no por mucho tiempo: 50

frente al balcón de Virginia,
tras un galope violento
vimos llegar a un jinete:
José Gill, el guerrillero.

«-¡Virginia! -gritó- ¡Virginia! 55
¡Por usted de lejos vengo!»
Y Virginia se asomó
misteriosa, sonriendo...

José Gill y Virginia
I

José Gill sin disfrazarse,
orgullosa en su alazán,
en plena guerra civil
se ha infiltrado en la ciudad.

Ante el ornado balcón 5
de Virginia Corvalán
sofrena el alto caballo
con apostura marcial.

La bella Virginia ha oído
la llegada del galán 10
y abriendo la celosía,
hechicera sin igual,
se deja ver, rubia de oro
y de celeste mirar.

-Virginia, rubia divina, 15
incomparable beldad,
yo desafío diez muertes

sólo por verte asomar
a tu balcón, como aurora
de esplendor primaveral.- 20

Desde el alba los cantones
hacen fuego sin cesar.
Y retumba un largo trueno
de artillería naval.

Un escuadrón de enemigos 25
a cien metros o algo más,
identifica al jinete
y su famoso alazán.

Virginia apenas sonrío,
Virginia aterrada está: 30
puede ver cien fusileros
y los oye disparar.

Ella los ve. Llega el plomo
en granizada fatal.
Destrozada una mejilla 35
José decide escapar.

Con la diestra en la visera,
mudo gesto militar,
saluda, manando sangre,
a Virginia Corvalán. 40

Ella cierra su balcón
-dorada visión fugaz-
José Gill huye al galope,
el Diablo lo ha de salvar.

¡Tantas veces lo ha salvado! 45
Puede hacerlo una vez más!

José Gill y Virginia
II

Ante el ornado balcón
de Virginia Corvalán
para el rápido corcel
de un brioso militar.

José Gill sin disfrazarse 5
se ha infiltrado en la ciudad.
Pérfida guerra civil
ruge en nuestra capital.

Virginia sale al balcón.
Él la empieza a requebrar: 10
-«Yo desafío cien muertes
sólo por verte asomar
a tu balcón, como aurora
de esplendor primaveral».

Truenan sombríos cañones 15
y no dejan de tronar;
hacen fuego los cantones,
hacen fuego sin cesar.

Un piquete de enemigos
reconoce el alazán 20
del jinete temerario
que lo está haciendo piafar.

Virginia los ve a lo lejos
-doscientos metros o más
y oye unos veinte fusiles 25
en súbito disparar.

Y llegan ya los balazos
en granizada fatal.
Rotos los labios, sangrando,
José atina a saludar 30

con la diestra en la visera
mudo gesto militar:
es la sola despedida
de quien ya no puede hablar.

Se ha cerrado la persiana 35
de Virginia Corvalán.
José Gill huye al galope,
el Diablo lo ha de salvar:
Otros mueren, él escapa:
nadie lo habrá de atrapar. 40
Diciembre
1997

José Gill y Virginia

III

Llega audaz el temerario
José Gill a la ciudad.
Guerra civil estremece
la sufrida capital.

Hombre sin miedo el rebelde 5
monta brioso alazán.
Si lo descubren lo matan.
No lo van a perdonar.

José Gill, enamorado
de Virginia Corvalán, 10
viene a ver a esta Virginia
suspirante en su beldad.

Hacen fuego los cantones
y retiembla la ciudad.
El riesgo no lo amilana. 15
Es valiente de verdad.

José Gill jineteando
un parejero sin par.
ante el balcón de Virginia
hace al caballo piafar. 20

Virginia sabe quién viene
y no se hace rogar.
Abre la alta celosía
y sonrío a su galán.

Y ante el balcón José Gill 25
se pone así a requebrar:
-Hermosa, la más hermosa
de cuantas mujeres hay,

yo desafío mil muertes
sólo por verte asomar 30
al balcón como una aurora
de esplendor primaveral...

Un piquete de enemigos
identifica al don Juan
a cien metros de distancia, 35
por su apostura marcial.

Virginia, palideciendo,
da dos pasos hacia atrás:
ve en la esquina fusileros
y los oye disparar. 40

Y vienen ya los balazos
en granizada fatal.
La calle se ha vuelto roja.
La tarde incendiada está.

Súbito un plomo destroza 45
labios que saben laudar.
Un saludo ensangrentado
es la venia militar.

Ya se cierra la persiana
de Virginia Corvalán. 50
José Gill huye al galope:
¡el Diablo lo ha de salvar!
Noviembre,
1997

José Gill y la hermosa jamona

Una de las cien comadres
que José Gill más admira,
es jamona, sí, jamona,
pero graciosa y muy linda.

Ha tiempo que José Gill 5
fija la tiene en la mira,
y sólo espera ocasión
para empezar la conquista.

José corteja a mujeres
que se le muestran esquivas: 10
estas tientan al halcón,
gran ave de altanería.

¿Quién podría resistir
a José Gill? Sus amigas 15
siempre caen en sus garras
enguantadas de caricias.

Y una noche de alta luna

la jamona se rendía:
en el lecho, ya sin ropas,
baja la guardia, aunque altiva. 20

-«José -suspiró- me rindo
pero antes vas a jurarme

sobre esta Sagrada Biblia
que habrá entre nosotros boda
en menos de quince días.» 25

José Gill jura, muy serio,
pero todo picardía:
«La jamona dice entre,
entre nosotros, medita.

Pues habrá una boda entre 30
nosotros, en pocos días.
En la próxima semana
se me casa una sobrina.

Yo me he de poner a un lado,
y en el otro a mi querida. 35
Los novios, claro, en el medio;
y los cuatro, la homilía

del cura oiremos devotos.
Y así tendremos cumplida
la promesa de ese entre,
preciosa jamona mía...».

José Gill y dos enemigos

I

Violencia en todo el paisaje.
Violencia en el manso pueblo.
Guerra civil traicionera
habla su idioma: el del fuego.

En las Plácidas Misiones 5
han instalado el infierno.
Fugitivos de derrotas

en crueles entreveros,
dos caudillos liberales
hallan refugio en el pueblo. 10

No importan sus apellidos
aunque muy bien los sabemos.
Una noche de tormenta
de relámpagos y truenos
duermen los dos fugitivos 15
en un oscuro aposento.

Al filo de medianoche
José Gill con gran estruendo
derriba la puerta y entra
profiriendo juramentos. 20

Aterrorizados oyen
al despertar de su sueño
las terribles amenazas
del terrible condotiero.

«¡Al fin apreso a estos dos 25
miserables, yo el sin miedo!
Los dos serán torturados,
y con su fusilamiento
a la gentuza maldita
daremos un buen ejemplo». 30

II

Un gran revólver esgrime
José Gill y con siniestros
alaridos continúa
insultando y maldiciendo...

Los dos liberales miran 35
con los visajes del miedo,
cómo, de pronto, el intruso,
se saca el poncho riendo,

enfunda su gran revólver,
y exhibe un frasco repleto 40
de un licor, el más famoso,
por lo puro y por rebueno.

-¡Brindo por dos liberales

que yo estimo y que respeto,
y juremos esta noche 45
que amigos siempre seremos!

III

La amistad quedó fundada
sobre firme fundamento.
No mucho después la guerra
dio fe de que esto era cierto. 50

Porque un día José Gill
cayó herido y casi muerto
tras una de sus hazañas
de incansable condotiero.

Y fueron los liberales 55
por él helados de miedo,
quienes salvaron su vida
afrontando más de un riesgo.

Pero aquí no he de contar
los incidentes del cuento. 60
Me contento con decir
que el suceso es verdadero.
Enero 7,
1998

José Gill, el condotiero

José Gill, hombre sin par
y con todo el mundo amable,
nunca falta si hay reyertas
y líos entre compadres.

Tampoco falta si hay fiestas 5
en cien pueblos y ciudades.
A él lo quieren y respetan
su valor en todas partes:

lo quieren rojos y azules
con simpatías iguales. 10
Y aunque tiene sus defectos
nunca de él se queja nadie.

Le dicen: «-Ataque el pueblo.
-¿Cuál pueblo? -El de González
y Servín, los estancieros, 15
y famosos comerciantes».

Acampa él sin vacilar
en los mismos arrabales.
Sus mercenarios son tropa
de apariencia formidable. 20

En el pueblo cunde el miedo
aunque el silencio es muy grande:
donde las tropas acampan
sólo hay humos en el aire.

José Gill no ataca: espera 25
reacciones a él favorables.
Llegan vinos y licores,
y como peces y panes
se multiplican los dones
que aportan los habitantes: 30

Lechones muy bien asados,
apetitosos hojaldres,
dulces de leche y guayaba,
que hasta a los muertos dan hambre.

Y banquetean las tropas 35
con las más sabrosas carnes,
golosinas exquisitas
y bebidas a raudales.

Del pueblo sitiado vienen
con música las beldades 40
y las poleas ya electrizan
hasta a ancianos venerables.

Al final llegan del pueblo
los esperados caudales:

José Gill levanta el sitio 45
sin alardes militares
y abraza a nuevos amigos
y a muchachas de buen talle.

Dos vaticinios acerca de José Félix Estigarribia

El vaticinio de Jara

En la antesala esperaba
un delgado subteniente.
Su apellido, Estigarribia;
sus dos nombres: José y Félix.

Nada marcial en la estampa 5
de este casi adolescente,
aunque sus nombres de pila
en horóscopos chispeen.

¿Qué significa José?
En sabio libro se lee: 10
«José, el que va a acrecentar».
Es cierto. Este subteniente,

futuro gran capitán,
será comandante en jefe
de ejércitos invencibles 15
de gloriosos combatientes.

¡Gran capitán que los cactus
del yermo trocó en laureles!
Ahora aguarda en la antesala
un llamado que no viene. 20

Tres años suma su edad
por encima de los veinte.
Oye pasos de altas botas
sonar en el gabinete;

Albino Jara está inquieto 25
y estarse quieto no puede.
Jara dio cita en palacio
al modesto subteniente.

José Félix se pregunta
por qué el jefe no lo atiende. 30
José, hombre imperturbable

no es hoy el hombre de siempre:

en juego está su destino,
lo presente, oscuramente.
Cruza de pronto la sala 35
un hombre fornido y fuerte,

que penetra en el despacho
del mandamás, donde éste
pasea a pasos con ecos
en vecinos gabinetes. 40

El visitante que llega
es amigo y confidente
de Jara, a quien da un abrazo.
-¿Quién es ese mozalbeta

que he visto yo en la antesala 45
y que habrá venido a verte?
-Lo voy a enviar a Chile,
y le he pedido que espere.
-¡No cometas ese error!
ha de ser un mequetrefe! 50
-Error no será, y yo creo
que no sólo es muy valiente
sino que en él hay la pasta
nada común de un gran jefe.

Tuve yo sueños extraños 55
en que el mozo subteniente
ya general, comandaba
regimientos de hombres verdes.

El ajedrez de la guerra
y sus azares de muerte 60
eran duros desafíos
de los que triunfaba siempre.

El vaticinio de Gondra

Calle Sebastián Gaboto
al comienzo de la siesta.
Y en esa calle la casa
de don Manuel, residencia

del más ilustre humanista 5

que ha brillado en nuestra tierra.
Don Manuel es Manuel Gondra,
Gondra a quien la Presidencia

se la arrancaron dos veces.
La política, ramera, 10
no es amiga de los sabios,
los desdeña, los desprecia.

En la calle de la casa
de don Manuel, por la acera
frontal a la de esta casa, 15
pasa una figura lenta.

Es un militar modesto,
cuya gran inteligencia
fulge en los ojos tranquilos
cual si ocultarse quisiera. 20

Don Manuel, profetizando
dice mientras lo contempla:
«Allí pasa el Conductor
de una inevitable guerra.
Usted verá, amigo mío, 25
qué deslumbrante estrategia
aquel hombre nos oculta
con su tranquila modestia».

Nunca el amigo de Gondra
olvidará aquella siesta 30
en que el lúcido humanista
fue un auténtico profeta.

Lustros después, estudiando
la historia de la epopeya,
David Zook, entusiasmado 35
afirmará en lengua inglesa,

que ha sido obra de genio
la vencedora estrategia
del soldado que ahora pasa
silencioso, por la acera. 40
Abril
1998

Eligio Ayala
(1887- 1930)

Años de gloria patria
(1924 - 1936)

I

¡Qué Providencia propicia
durante más de una década!
Al desdichado país
de fraticidas contiendas,

al país infortunado 5
de banderías funestas,
de verdugos endiosados
y tradición patrioter,
¡ahora, el año veinticuatro,
un gran patriota gobierna! 10

A la cumbre del poder,
¡qué oportunamente llega
Eligio Ayala. La patria
gloriosa vida le adeuda!

Tras una guerra civil 15
más que ninguna sangrienta,
diezmado tiene el ejército
y en sus ciudades y aldeas
tras una atroz hecatombe

se ha alojado la miseria. 20

¡Pero hoy, insólita dicha
el gran patriota gobierna!
La lucha por el poder,
de feroz concupiscencia
dilapidó el armamento: 25
la patria quedó indefensa.

Y ahora un pequeño gran hombre
de incomparable entereza,
el estado reorganiza,
magras finanzas sana, 30
restaura lo destruido
y da el ejemplo doquiera
de patriotismo creador
y de abnegada grandeza.

II

Amenaza al Paraguay, 35
Bolivia, nación norteña:
un poderoso enemigo
se ha infiltrado en nuestra tierra,
y ya cerca del gran río
iza agresivas banderas, 40
y ha establecido fortines
donde acumula sus fuerzas,

El austero mandatario
lo sabe todo. Planea
como armar a su nación 45
con eficiencia secreta.
El adversario no debe
saber que el país inerme
se hace fuerte y está alerta.

Obtiene del parlamento 50
la indispensable licencia
de grandes erogaciones
sin noticia en las gacetas.

Entretanto la invasión
sin dilaciones progresa. 55
La apoya la criminal
Standard Oil petrolera.

¡Qué grande aquel hombrecillo
de energía gigantesca,
que levanta a una nación 60
de tantas desgracias yerta!

Cuando muere Eligio Ayala
en mil novecientos treinta,
es su muerte prematura,
mas su obra está completa. 65

Preparado está el país
para su urgente defensa:
Mentira la indefensión
que hostil denuncia una prensa
acaso de buena fe 70
juzgando las apariencias,
e ignorando que el país
se armaba en forma secreta.

Había en los arsenales
potentes armas modernas 75
adquiridas legalmente
mas no a toque de trompeta.

Y surcan el patrio río
veloces buques de guerra,
cuyos cañones custodian 80
su caudalosa carrera.
Y la patria está de pie,
de sus miserias repuesta.

Proclama del presidente de la República al ejército del Chaco

Eusebio Ayala, Presidente
(1932-1936)

Sobre el páramo sediento
que el altiplano codicia,
ya ha comenzado la guerra
que el Paraguay no quería.

Y ya se libran batallas 5
al mando de Estigarribia,
aún Teniente Coronel,
no muy alta jerarquía...

Y hay jefes en el ejército
de dudosa disciplina, 10
reacios en aceptar
rigores de la milicia.

Son austeros, son valientes
más de condición arisca,
y hay entre ellos más de uno 15
de soberbiosa autoestima.

Ejerce el mando civil
Eusebio Ayala, estadista
de gran talento y visión
de quien muchos desconfían 20

porque hombre de leyes, es
fervoro pacifista.
(no suele ser muy zahorí
ante los grandes, la crítica).

Profundo conocedor 25
de disciplinas jurídicas,
se ignora que cuando asume
sus decisiones políticas,
una férrea voluntad
las sostiene e ilumina; 30
que él sabe mejor que nadie
lo que exigen esos días:

El pacifista declara
la guerra a nuestra enemiga:
«LAS GUERRAS NO DECLARADAS 35
NO SON MATANZAS LEGÍTIMAS.»

Díganlo los artilugios
que usan las cancillerías:
las guerras de hecho permiten
maquinaciones e insidias». 40

Mejor que nadie lo sabe
este internacionalista
que hoy gobierna el Paraguay
con sutil sabiduría.

Eusebio Ayala en el Chaco

I

No hace un mes que el presidente
Eusebio Ayala medita
en que es forzoso afirmar
el mando de Estigarribia.

Consciente de su prestigio 5
y con riesgo de su vida
en un avión muy viejo
vuela al Chaco y aterriza

cerca de bosques sedientos
y de marañas de espinas, 10
donde sangrientas batallas
se libran día tras día.

Y a la sombra calurosa
de amplia tienda de campaña
convoca a todos los jefes 15
que en las unidades mandan.

Eusebio Ayala examina
con penetrante mirada
los rostros de hombres enérgicos
que van llenando la carpa. 20

Tras un silencio elocuente

el mandatario les habla.
Su voz resuena tranquila
y a la vez autoritaria.

Señores jefes: explica, 25
«los convoco esta mañana
para tratar un asunto
de perentoria importancia.

La guerra en que nuestras fuerzas
Se encuentran hoy empeñadas 30
exige un comando en jefe
de competencia muy alta.

El alto mando es un mando
que sin reservas se acata,
por eso debe inspirar 35
aquiescencia incuestionada.

Hoy ejerce de hecho el mando
por obra de circunstancias,
circunstancias bien sabidas
que no preciso evocarlas, 40

un militar de brillantes
estudios de guerra en Francia.
Quiso la suerte que fuera
por raro azar el que hoy manda

sin nombramiento oficial, 45
pero sí con dotes máximas.

Las valoró el mismo Foch,
gran mariscal de su patria
y le predijo un futuro
militar de ilustre fama. 50

El vaticinio de Foch
abona mi confianza:
el jefe predestinado
Estigarribia se llama.

Yo voy a dejarlos solos 55
y deliberen ustedes,
acerca de lo que he dicho
sobre un comandante en jefe».

II

¿Qué ocultan estas palabras
si no duras, reticentes? 60
¿Formulan una pregunta
con una amenaza en cierne?

Difícil es descifrar
lo que enuncian o previenen;
las dice un hombre muy serio 65
entre imperioso y solemne.

El Presidente-Sargento,
o el Sargento-Presidente,
llamarán a Eusebio Ayala
por el uniforme verde 70
sin presillas y la gorra
que le sombrea la frente.

De militar nada había
en su porte; pero este
político uniformado 75
era no obstante imponente:

notoria su autoridad
de eximio doctor en leyes,
hombre magnánimo, honesto,
mas de carácter muy fuerte. 80

III

Ya de regreso en la tienda
después de una ausencia breve
-no dura veinte minutos
el gran hombre reaparece
sabiendo que se ha acatado 85
su opción unánimemente.

Ya se ha afirmado el comando
de quien, general en jefe,
al cabo de sus victorias
llegará a los contrafuertes 90
andinos.

Y el Mandatario
se despide cortésmente.

Septiembre,
1998

Años de gloria patria
(1924 - 1936)

II

En el año treinta y dos
glorias patrias reverdecen:
dos grandes hombres aunados
los altos mandos ejercen:

el civil, Eusebio Ayala 5
en ese año presidente;
y el militar, un soldado
del más aguerrido temple:
Estigarribia. Su estrella
brilla en su Comando en Jefe. 10

Y hoy acaudillan un pueblo
de hombres recios, y mujeres
abnegadas, heroínas
tan heroicas, tan valientes
como los héroes que luchan 15
desafiando la muerte,
venciendo el hambre, la sed
y al invasor prepotente.

¡Oro para la victoria:
las más humildes ofrecen, 20
unas, el único anillo,
y otras todo lo que tienen:
la medallita, el collar
y el modesto par de aretes!

Las niñas de sociedad 25
con la prisa más urgente
en gentiles enfermeras
eficaces se convierten;
y en hospitales de sangre
tristes heridos atienden 30
y sus manos virginales
restañan llagas crueles,

escriben cartas a madres
y familiares ausentes
y junto a los moribundos, 35
llorosas rezan sus preces.

¿Y quién empuña en capueras
la mancera del arado
si no las madres o esposas
de combatientes del Chaco? 40

Las muy humildes burreras,
cubiertas de negro manto,
vacían en hospitales
las árganas de los asnos.

Todo el país es honesto, 45
desde el Primer Magistrado
que sabiamente gobierna
con los altos funcionarios,
y hasta aun los más modestos
servidores del estado. 50

Lo mismo los militares
los de los más altos rangos
hasta la gente del pueblo,
sargentos, cabos, soldados.

Y cuando al fin de la guerra 55
triumfante, se ha recobrado
el territorio invadido,
termina en el treinta y seis
el período iluminado
de la gloria nacional 60
que ha durado doce años.

Tras haber estado presos
para en su gloria humillarlos
Ayala y Estigarribia
son del país expulsados. 65

El segundo dictador
del siglo, ejerce hoy el mando.
Los trofeos de la guerra
conquistados en el Chaco
se venden al extranjero 70
por Decreto Reservado:
aún no se firma la paz

con el ladino adversario
y ya se venden las armas
que con sangre se han ganado. 75

Eusebio Ayala, desde el exilio: en la muerte de José Félix Estigarribia

En la muerte de Eusebio Ayala
(1875 - 1942)

El tereré o mate frío

Esto ha pasado en Toledo,
mas no en Toledo de España,
sino en la guerra del Chaco
en un frente de batalla.

En rueda de tereré 5
unos siete hombres descansan
saboreando el mate frío,
no tan frío en la campaña.

Uno de ellos, un sargento
de facciones angustiadas, 10
el rostro amarillo y triste
es de muy pocas palabras.

Los demás, de buen humor,

se ríen a carcajadas
como suele acontecer 15
en tertulias paraguayas.

El jefe del grupo es un
teniente de linda cara,
niño bien nada cobarde,
y excelente camarada. 20

Como es bravo entre los bravos,
su criolla aristocracia,
por aquella gente humilde
con afecto es aceptada.

Llegado al frente hace poco, 25
los campesinos en armas,
al bisoño niño bien
miraban con muda lástima.

Pero en un terrible asalto
durante la gran batalla 30
se mostró gran combatiente
de sorprendentes agallas.

Y entonces cambió la cosa
y ahora sí lo acataban
con respeto afectuoso 35
de gente humilde y honrada.

Se supo que a aquel teniente
sólo un año le faltaba
para ser médico, y él
prefirió en esta campaña 40
pelear en la infantería
que es Reina de las Batallas.

-¿Oficial de Sanidad?
No señores, muchas gracias:
prefiero ser combatiente, 45
y lo soy de buena gana-

Mientras iba entre los siete
de mano en mano la guampa,
el teniente cuasi médico
medita en forma callada. 50

-Sólo una sola bombilla

y siete bocas. ¡Caramba!
¡Qué suciedad, pobre higiene!
¡Siete salivas mezcladas!-
Y mientras esto medita 55
mira al soslayo la cara

del sargento. ¡Pobre hombre!
A mí no me gusta nada
su palidez. -Al sargento
llega el turno de la guampa. 60

Y éste, sin mucha energía
da cuatro o cinco chupadas.
De pronto cae redondo
como de muerte instantánea.

Y es que una tuberculosis 65
galopante, allí lo aplasta.
El cadáver fue enterrado
aquella misma mañana.

El pelotón, compungido,
sin disimulo lloraba. 70

Desde entonces el teniente,
durante su vida larga,

tuvo su propia bombilla
y tuvo su propia guampa.
Octubre,
1998

A un veterano modesto

Entre estos veinte oficiales,
todos jóvenes y fuertes,
¿quién ha de ser Ramón Flores
que entonces era teniente?

La vieja fotografía 5
de hombres vestidos de verde,
sólo insinúa retratos
que no son muy diferentes:

¿Es que a la fotografía

la ha desteñado la muerte, 10
borrando la identidad
aún de los supervivientes?

Estos guerreros que antaño
eran jóvenes y alegres,
-su edad no distaba mucho 15
de los más floridos veintes-.

Los años desdibujaron
hasta los rostros imberbes.
Ramón Flores ha de ser
uno de estos sonrientes 20

oficiales. Ramón Flores
ayer ágil, muy valiente,
no quiere evocar los días
de la guerra, y hoy prefiere

guardar silencio si alguien 25
le recuerda sus laureles.
-Mejores hubo que yo
sin que nadie los recuerde-.

Y hoy nadie puede vencer
su actitud indiferente: 30
¿Medallas, honores, gloria?
Ramón Flores no apetece.

Acepta ser lo que es,
un tranquilo ex combatiente
que cumplió, con su deber 35
según lo impone la suerte.

-Mi familia, mis amigos,
lo que se llama mi gente,
estos valen para mí;
lo demás no me concierne. 40

-Don Ramón, su regimiento
famoso, el número veinte,
¿Fue como se oye decir
triunfante en todos los frentes?

Acá Yuasá se llamaba. 45
Sus oficiales, ustedes
¿han sufrido muchas bajas?

¿Usted fue herido tres veces?

-Dos veces en la cabeza...
Nunca herido mortalmente. 50

-Y otra herida, la tercera,
según su amigo Garcete.

-En un brazo, el brazo izquierdo,
o no sé si ha sido en éste...
Del combate hasta Asunción 55
me trajeron inconsciente...

-¿Y se ha curado del todo,
don Ramón, y ya no siente
ningún dolor? ¿Nunca sueña?
-Rara vez. Muy raras veces... 60

-¿Tiene usted la Cruz del Chaco?
-Por favor, no me atormente,
señor, con tantas preguntas:
¡Déjeme tranquilo, déjeme!
Agosto,
1998

Juramento de Gondra
(Junio 18, 1933)

Aquí, en este cañadón
del Fortín Gondra, escenario
no sólo de heroicas luchas
sino de un célebre acto:

¡el Juramento de Gondra! 5
A los compases sagrados
del himno patrio, es izada
la bandera. Jura Franco

y juran los oficiales
aguerridos a su mando, 10
antes morir que dejar
arriar el ínclito lúbaro
por las sacrílegas garras
del acechante adversario.

Un regimiento famoso, 15
rígidamente cuadrado,

sus armas presenta, mientras
electrizan el espacio
con sus compases marciales
las notas del himno patrio. 20

La tricolor, orgullosa,
está flameando en lo alto.
La mañana de aquel día,
el bravo, esforzado Franco,
quiso ver el despertar 25
de la aurora, un espectáculo
que, al pie de la tricolor,
ensalzaría su ánimo.

Y contempló la bandera
al fresco viento ondeando 30
en el alto desafío
de los tres colores sacros.

Y es entonces cuando súbitos,
atruenan mil cañonazos
todo área del fortín, 35
y el aire es fuego y es lampo.

Pero la bandera, jura
en patriótico milagro
antes que nadie, no ser
trofeo del adversario. 40

El rugir de los cañones
puede seguir retumbando:
allá arriba, ufano, altivo,
el pabellón sigue intacto.

Luz matinal

En el frescor matinal
mis mañanitas recobro.
¡Mañanitas aldeanas
de cristalinos arrobos!

¡O mansa lluvia en las calles 5
de greda con charcos rojos!
¡Vagas visiones, deleites
de un mundo maravilloso,
de cielos en que lo azul

se iba tiñendo de öro! 10

¡A esta hora, en este sitio
bajo un árbol melodioso,
con la gran montaña verde
iluminada en el fondo

del paisaje amanecido 15
en un sopor perezoso!
¡Cómo reviven su magia
aquellos días remotos!

¡Luz matinal que devuelves
al corazón, ese poco 20
de inocencia, que en el hombre
es recobrado tesoro!

¡Luz matinal que me traes
no sé qué dichas, qué gozos
que se volaron al cielo 25
ocultándome su rostro!
1980

Flores en la recoleta

Delfina Servín hoy vende
flores en la Recoleta.
Hoy nadie la reconoce:
sombra es de la que fuera.

¿Qué le ha pasado a Delfina, 5
tan desmirriada, tan vieja?
¡Aquella mujer airosa
deslumbrante de belleza!

-Cuenten ustedes floristas
qué aqueja a su compañera. 10
¿Por qué hoy aquí vende flores
y cada noche pasea
alrededor de una tumba
siempre de flores cubierta?

-Delfina Servín hoy vende 15
flores en la Recoleta
y vive aquí en muerte viva
como si estuviera muerta.

Iba a casarse Delfina
con novio indigno de ella: 20
lo apasionaban mujeres
de mala vida y perversas.

Informaron a Delfina
de bacanales secretas.
Disfrazada fue a un burdel
en noche de infame fiesta.

El infiel estaba allí 25
abrazado a una ramera.
Los balazos fueron seis,
fueron seis y de muy cerca.

Tanto ella amaba a su muerto
que, cumplida su condena, 30
vino a este gran cementerio
a arrastrar su vida muerta.
Noviembre
1998

Día de Reyes Magos

Ya la víspera escrutábamos
en los caminos del cielo,
huellas que en noches aquellas
imprimían los camellos.

Sus herraduras de plata 5
de clavos como luceros,
visibles y casi audibles
marcaban su paso etéreo.

Poníamos los zapatos
sobre un alféizar estrecho. 10
Llegaban los Reyes Magos
y, desmontando muy quedo,
metían nuestros juguetes
entre barrotes de hierro.

¡El tren a cuerda alemán 15
o el diminuto velero,
o el rifle que disparaba
rápidos dardos sin fuego!

¡El tren que sobre rieles,
-si no firmes, paralelos- 20
corría veloz haciendo
un ruidito ferroviario
y lanzando su humo al viento!

Con vagones de hojalata
-de carga o de pasajeros- 25
por la magia de los Magos,
era, a veces, tren expreso,
y otras era un tren más tren
que los trenes verdaderos.

En el aire congeniaban 30
lo temporal y lo eterno,
un aire en que relucía
un polvillo de luceros.

Avanzada la mañana
y el sol en mitad del cielo, 35
horas después de marchados
los coronados viajeros,
en la azotea encontrábamos
rastros -tal vez de camellos-
o de noctívagos gatos, 40
de esos que turban el sueño...

Era nuestra fe tan honda
-más que la del carbonero-
que, al final de la inocencia,
nos volvimos algo ateos: 45
si nunca los Reyes Magos
fueron visita del cielo,
magia perdía ese azul
remontándose muy lejos...
6 de Enero

Los hermanos desertores y el Coronel Luis Irrazábal

Formado ya está el piquete
de rígidos fusileros.
Hay inminencia de muerte
en el aire frío y tenso.

Los dos desertores miran 5

cual si no fueran los reos,
hacia el piquete ya listo
para su múltiple fuego.

Ya en el último minuto
un oficial corpulento 10
pregunta a los condenados
cuál es su último deseo.
Y uno de ellos, el más joven
-Hablar con el Jefe quiero,-
responde con voz entera 15
y calma en sus ojos negros.

Hacia los reos avanza
el Coronel que, severo,
-Escucho -dice- Es un héroe
famoso en todo el ejército, 20
que en los campos de Nanawa
ganó su prestigio épico.

-Mi Coronel, ¿será tarde
lo que ahora le confieso?
Mi compañero, señor,
es mujer-, mi compañero,
es, sí, mi hermana mayor: 25
Ella enfrentándose al fuego
resultó ser tan valiente
o más que los MACHETEROS
DE LA MUERTE. Disfrazada
de soldado dejó el pueblo
y ha venido a acompañarme 30
con cariñoso denuedo.

Nuestra madre cayó enferma
allá en el valle, y por eso
íbamos a nuestra casa
para llevarle consuelo-. 35

Suspende la ejecución
el Coronel; llama al médico
y le ordena que compruebe
lo afirmado sobre el sexo
de aquel bravo combatiente 40
en diez combates sangrientos.

En una carpa discreta
el doctor descubre senos

con vendas muy bien ceñidas
a las curvas de aquel pecho. 45

Y también comprueba que
la moza es virgen; que incesto
no ha habido entre los hermanos,
ambos castos compañeros.
1998

Jardín con benteveos

¡Cómo goza la araucaria
del amor del sol y el cielo!
¡Cómo el oro y el azul
hacen al mundo de nuevo!

El césped de puro goce 5
acoge el oro más tierno
y lo amarillo y lo verde
estallan en mil reflejos.

Las santarritas suspiran
como palomas en celo 10
esponjadas con el goce
que estremece el universo.
Los crotos verdean mudos
disfrutando su silencio,
urdiendo en varios colores 15
primores de terciopelo.

De pronto, sin anunciarse
y sin imperial cortejo,
bajan los emperadores
del más dorado gorjeo. 20

Y, emperadores del garbo,
el casal de benteveos
se hace dueño del jardín

en cortos, rápidos vuelos,
con los esguinces y saltos 25
de sus áureos galanteos.

Enero
1997

Memorable excursión en Ford modelo T

En un coche de alquiler
mi madre va de visita
llevándome de escudero
a casa de doña Emilia.

Mi madre, muy elegante, 5
luce sus joyas más finas:
el medallón con cadena
de excelente orfebrería,

el largo anillo que llaman
no sé por qué, marquesina, 10
y otras alhajas que pese
a ser buenas se me olvidan.

Doña Emilia es una dama
dueña de espléndida quinta
en que con rumbo feudal 15
como una duquesa habita.

El coche que nos conduce
hipando va cuesta arriba,
y entre seguir avanzando
o detenerse, vacila. 20

El motor que es de explosión,
más explota a cada esquina:
ha de ser su combustible
de cargas de dinamita.

Yo, chico de cinco años 25
no encuentro muy divertida
la excursión a las afueras
para ver a doña Emilia.

El coche desvencijado
avanza como a su ruina, 30
hasta que al fin, jadeante
a nuestro destino arriba.

Vestido de marinero
junto a mi madre muy linda,
me siento yo como náufrago, 35
que llega, salvo, a una orilla.
1997

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



editorial del cardo